

EL GOZO DE LA ESPERANZA

CARD. FRANÇOIS-XAVIER NGUYEN VAN THUAN

EL GOZO DE LA ESPERANZA

último retiro espiritual
dado por el Card. van Thuan

QUINTA EDICIÓN



Foto de cubierta:

Cruz de madera –posteriormente recubierta de metal–
que Mons. Van Thuan fabricó durante su encarcelamiento.

1ª edición: enero 2004

5ª edición: octubre 2013

Título original: *Scoprite la gioia della speranza*

© 2002 LOGOS Press - Roma

Traducción: *Juan Gil Aguilar*

Maquetación: *Lourdes Olivares*

Foto y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© 2004, Fundación Logos
San Bernardo, 117 - 28015 Madrid

© 2004, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-045-3
Depósito legal: M-1.307-2004

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

PRÓLOGO

Con muchísima alegría acepto el ofrecimiento que me han hecho de escribir el prólogo de este libro, que contiene las meditaciones dadas en el último retiro espiritual dirigido por mi amigo y sucesor en la presidencia del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, el cardenal François-Xavier Nguyễn Van Thuân.

«Llamadme padre Francisco». Con estas palabras, llenas de candor y de humildad, comenzó su conferencia introductoria, dándonos inmediatamente el tono de lo que podríamos considerar su último testimonio. Todos los que lo hemos conocido personalmente podemos manifestar que su grandeza ha sido precisamente su profunda conciencia de que no era nada por sí mismo, es decir, sin Jesús. Quizá por ello Dios resplandecía delante de nosotros por medio de él.

Tras su liberación, después de trece oscuros y terribles años como prisionero de los comunistas en Vietnam, fue invitado por el papa Juan Pablo II a predicar los ejercicios espirituales al Santo Padre y a la Curia Romana el año del gran

Jubileo de 2000. Estos ejercicios lo hicieron muy popular, pero él seguía siendo el mismo pacífico y humilde «padre Francisco».

Justamente para mostrar al mundo que Dios lo había elegido sólo para Él, los últimos años de su servicio a la Iglesia estuvieron llenos de sufrimiento, continuo pero silencioso, provocado por un tumor que lo condujo a la paz del Señor el 16 de septiembre de 2002.

Sus meditaciones son conmovedoras y profundas. Me parece importante destacar que debía predicarlas después de dormir dos horas escasas al día. «Ofrezco mi modesto sufrimiento por los sacerdotes», confió durante su agonía.

Lamentablemente, se nos ha ido demasiado pronto. Que su testimonio pueda ayudar a todos los fieles de Cristo a crecer en el amor a nuestra Iglesia Católica, a la que el cardenal Van Thuân consagró su vida en la fe y en la esperanza.

ROGER CARD. ETCHEGARAY

INTRODUCCIÓN

Tenía una sonrisa arrebatadora, llena de paz y de serenidad, cuando me dijo:

–Si el Señor me da vida, ¿podría dirigir todo el retiro?

Yo sólo le había pedido que pronunciase la conferencia introductoria, y le respondí agradecido:

–¡Eminencia, eso sería maravilloso!

Así pues, el que dirigió los ejercicios espirituales a un grupo de 50 sacerdotes¹ en febrero de 2002 fue el cardenal François-Xavier Nguyễn Văn Thuân, que falleció en Roma el pasado 16 de septiembre de 2002 a la edad de 74 años.

Nacido el 17 de abril de 1928 en Phu Cam, un pueblecito de la provincia de Huê, en Vietnam, era el primero de 8 hijos y sobrino del primer presidente de la República de Vietnam del Sur. Tras sus estudios en el seminario, fue orde-

¹ Aunque algunas partes del libro están expresamente dirigidas a los sacerdotes, el contenido del mismo es esencialmente válido para todo cristiano, independientemente de su vocación específica. [NdE]

nado sacerdote en junio de 1953. Estudió Derecho Canónico en Roma y participó en cursos espirituales y apostólicos en la Europa de aquel tiempo. A su regreso trabajó durante un tiempo en la formación de sacerdotes. Luego, el 24 de junio de 1967, fue nombrado obispo de la diócesis costera de Nha Trang.

En 1975, una semana antes de que Saigón cayera en manos de las fuerzas comunistas, fue nombrado por la Santa Sede arzobispo coadjutor de la diócesis de dicha ciudad. Pero las autoridades comunistas rechazaron su nombramiento. El 15 de agosto de 1975 fue llamado al Palacio de la Independencia, entregado a los militares de la región y llevado a una pequeña parroquia de Cáy Vong, donde lo pusieron bajo vigilancia.

Comenzó así su largo cautiverio, que duró más de 13 años, durante los cuales conoció en 1976 la terrible cárcel de Phu Khanh y el campo de reeducación de Vinh Phu, en Vietnam del Norte. Después estuvo preso primero en Giang Xa y luego cerca de Hanoi.

Si bien el 28 de noviembre de 1988 terminó oficialmente su encarcelamiento, no obtuvo permiso para asumir su puesto de arzobispo coadjutor en Hô Chi Minh (la antigua Saigón), sino que le asignaron como residencia la casa del arzobispo de Hanoi. Durante un viaje a Roma en septiembre de 1991 se dio cuenta

de que el gobierno vietnamita no lo iba a dejar volver a su país.

Así empezó a trabajar en el Vaticano, y fue nombrado presidente del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz el 24 de junio de 1998.

En la Cuaresma de 2000 conmovió a millones de personas que pudieron conocer algunos pasajes de los ejercicios espirituales predicados para el Santo Padre y para los miembros de la Curia Romana. En sus meditaciones dio a conocer sus experiencias espirituales maduradas en la cárcel. El día de su funeral en la basílica de San Pedro, el Santo Padre subrayó en la homilía: «¡Espera en Dios! Con esta invitación a confiar en el Señor el querido purpurado inició las meditaciones de los ejercicios espirituales. Sus exhortaciones se me han quedado grabadas en la memoria por la profundidad de sus reflexiones, enriquecidas por continuos recuerdos personales, en gran parte relativos a los trece años que pasó en la cárcel. Contaba que precisamente en la cárcel había comprendido que el fundamento de la vida cristiana consiste en “elegir sólo a Dios”, abandonándose totalmente en sus manos paternas».

Su Eminencia decidió quedarse con nosotros durante el retiro, aunque residía cerca de allí: «Tal vez pueda hacer algún bien», dijo. Y en efecto, todas las noches tuvimos la oportunidad

y el privilegio de conocer la profundidad de su corazón en los momentos de intercambio y de coloquio más familiares.

También nos habló de que, por motivos de salud, tenía que seguir una dieta especial: «Sólo un poco de pescado, nada de leche, un poco de arroz... Tengo un tumor», dijo sonriendo mientras se tocaba el estómago.

Estoy convencido de que Su Eminencia preparó este retiro sabiendo que era su última oportunidad de hablar a sacerdotes.

Una vez su secretaria me llamó: «Su Eminencia quisiera hablar con usted».

Quería preguntarme con toda sencillez mi opinión sobre una nueva idea. «¿Qué piensa usted de esto? Las diez “aes” para todo sacerdote», una idea genial para resumir todo el retiro.

Para todos los participantes, ese retiro fue como un cenáculo en el que pudimos renovar profundamente nuestra fe y nuestra vocación sacerdotal, guiados por un maestro y mártir del siglo XX.

P. DERMOT RYAN, LC